

" U N H O M B R E D E C E N T E "

(Comedia dramática en dos actos y un epílogo)

Por Thespis

Personajes

Elena

Lola

Pedro

Don Julio

Don Antonio

Alberto

(Una secretaria, un secretario y un mensajero que no hablan)

Epoca actual. La acción se desarrolla en Panamá, pero por la naturaleza del tema, se han evitado innecesarios localismos.

ACTO I

Despacho sobrio y elegante, donde trabaja Pedro, Gerente General. Al fondo, mesa amplia con varios teléfonos y un retrato de Lola, y detrás un sillón giratorio. Adosada a la pared del fondo, una mesa larga con planos, rollos de papel y carpetas de documentos, todo muy ordenado. Delante de la mesa y a los lados, dos butacas. Hacia la izquierda, un sofá de cuero con una mesita delante provista de ceniceros, caja de cigarrillos y un encendedor grande.

En el lateral derecha, amplia puerta practicable de dos hojas que comunica con las oficinas de la Empresa, y en la pared del fondo, a la izquierda, otra puerta igualmente practicable, que conduce a una salida privada. En algún lado, fotografías de fábricas con sus correspondientes marcos, y un calendario bien visible, que marque el día 9.

Al levantarse el telón, Pedro está sentado detrás de la mesa de despacho contemplando con mucha atención unos planos en azul, y de vez en cuando, hace anotaciones con un lápiz. Viste con pulcritud y representa unos cuarenta años, o algo menos. Momentos después, por el lateral derecha, entra Don Julio con una carpeta de documentos. Don Julio puede tener unos sesenta años, bien llevados, y cuida mucho su aspecto, acentuando los toques optimistas con la corbata y el pañuelo que le asoma en el bolsillo superior del saco. Derecha e izquierda las del actor.

Escena I^a

(Pedro y Don Julio)

Julio

(Entrando) Buenos días, Pedro. ¿Hace mucho que llegaste?

Pedro

(Levanta la vista de los planos para contestar el saludo) ¿Qué tal, Don Julio?

No. No hace mucho. No le llamé porque me entretuve aquí con los planos.

Me parecen estupendos.

Julio

(Ya al lado de la mesa, donde se queda de pie) Los trajeron ayer por la tarde con una nota donde explican los últimos cambios.

Pedro

Ya la he visto. Han seguido las instrucciones detalladamente, me parece. ¿Los vió usted?

Julio

Los vi el otro día que discutimos el asunto con los arquitectos. Ayer no tuve tiempo, y, además, supuse que, en efecto, habrían hecho las modificaciones.

Pedro

(Echándose hacia atrás en el asiento) Bueno, ¿y qué le parece?

Julio

(Recoge la carpeta que dejó sobre la mesa al lado de Pedro y lentamente, sin dejar de hablar, va a sentarse en una de las butacas que quedan enfrente, colocando los documentos sobre sus rodillas) Los planos... nada. Yo no entiendo de eso. En cuanto a las obras que quieres hacer... ya te he dicho mi opinión. Meterse ahora en ese gasto no me parece oportuno.

Pedro

(Sonriente) ¿No ha cambiado usted de modo de pensar?

Julio

La verdad, no. Es mucho dinero el que hay que gastar en eso, y aunque hayas convencido a la Directiva, me parece... que...

Pedro

(Completando la frase de Don Julio) Que es un disparate.

Julio

No diría tanto como disparate. No sé. Pero, como están ahora las cosas. No me vas a negar que la crisis...

Pedro

Todo lo he tenido en cuenta, Don Julio. En cuanto a la crisis, siempre se ha

venido hablando de lo mismo. Esa es una palabra que creo que aprendí de niño oyéndola en mi casa.

Julio

Pero, ahora, es verdad. Los negocios tienen que bajar; las ventas se han reducido, por lo menos algo, y que hay mucha gente sin empleo.

Pedro

(Se incorpora en su butaca y apoya los codos en la mesa) Sí; es cierto. Todo eso es verdad, y lo uno es consecuencia de lo otro. (Por el lateral derecha entra un empleado con varios papeles que coloca sobre la mesa de Pedro, y sale sin hablar) Hay que dar trabajo a la gente, mover el dinero y combatir con valor esa crisis de que usted habla. Si nos asustamos todos, entonces sí puede ser grave y de remedio muy difícil. (Sigue firmando)

Julio

(Sacando un cigarrillo) Bueno, bueno. Tú eres quien decide. Pero, creo que mi deber es advertirte.

Pedro

(Levanta la vista hacia Don Julio) No se lo reprocho. Hace usted muy bien.

Julio

Bueno, bueno. Entonces... lo de las obras, es un hecho. ¿Van a empezar pronto?

Pedro

Quando la Directiva lo autorice. Mañana mismo llevaré a la Junta los planos definitivos y, como en principio, todo está acordado ya, no creo que haya inconveniente para empezar en seguida.

Julio

¿Está de acuerdo también el Presidente?

Pedro

¿Don Antonio? Creo que sí. Desde luego, era el menos entusiasmado, y hasta puso varias objeciones cuando se discutió el asunto; pero, los otros directores, todos... o casi todos...

Julio

Ya sabes que la opinión de Don Antonio pesa mucho en la Junta. Si estás tan decidido, podías hablarle aparte para convencerlo antes de la reunión. Porque si vas a sostener la necesidad de hacer pronto las obras, no te conveniría que te rechazaran el proyecto.

Pedro

Puedo llamarle por teléfono y rogarle que venga a mi despacho un poco antes, o pasar yo por su casa...

Julio

No le digas nada. El vendrá a hablar contigo. Ya verás.

Pedro

¿Por qué?

Julio

Por el asunto del yerno. ¿No te dijo nada todavía?

Pedro

(Con ligera sorpresa); Ah, sí! Es verdad. Hace unos días, me dijo que ese chico deseaba ser nombrado en el Departamento de diseños. (Se levanta y coloca los planos sobre la mesa adosada a la pared del fondo)

Julio

Como Jefe.

Pedro

(Volviéndose) ¿Como Jefe nada menos?

Julio

¿No te lo dijo así?

Pedro

(De pie, detrás del escritorio) No recuerdo bien. Pero, no creo que me lo haya dicho claramente, porque, en otro caso... Me habló sólo de su yerno, y de que deseaba trabajar aquí.

Julio

Pues, ya te lo dirá. Como comprenderás, ese muchacho... siendo hijo de quien

es... y yerno de Don Antonio, no va a conformarse con quedar a la órdenes de Pepe. Ni por el sueldo, ni por la posición.

Pedro

(Se acerca lentamente a Don Julio hasta quedar de pie cerca del mismo.

Por la puerta del lateral derecha entra una secretaria con un libro de actas encuadernado, que coloca sobre la mesa del fondo, y sale sin hablar)

Pues le diré que no. Se lo diré bien claro para que lo entienda.

Julio

Se va a llevar una desilusión y a sufrir una contrariedad. El no puede esperar eso de ti.

Pedro

¿Por qué? ¿Acaso puede pensar que por ser el Presidente de la Empresa puede hacer aquí lo que le de la gana?

Julio

No es eso. Yo hablé con él ayer por la mañana, que tuve que ir a su casa para la firma de varios documentos... actas y esas cosas... y me dijo... El sabe, desde luego, que a ti, como Gerente, te corresponde hacer los nombramientos de todo el personal; pero estaba confiado en que, por tratarse de su yerno, no pondrías ningún reparo.

Pedro

Pepe no se moverá de ahí, mientras yo sea Gerente y él no se quiera marchar.

Julio

Como hace dos meses hubo el asunto aquel del error en los diseños...

Don Antonio me hizo algunas alusiones veladas.

Pedro

Que me las haga a mí, que ya sabré contestarle. La gente que no se equivoca nunca, no es de fiar. A mí me infunde muchas sospechas en cuanto a su capacidad e inteligencia, aunque eso pueda parecerle extraño. Pepe cometió un error, que nadie niega; pero en lugar de andar con disimulos, y tratando de echarle a otros la culpa, reclamó para sí toda la responsabi-

lidad. Además, que hizo las correcciones en seguida y las consecuencias no fueron gran cosa.

Julio

Fueron bastante. Tener que rehacer los moldes...

Pedro

Algunos. Cuatro o cinco nada más, y eran más de cien. Ahora, todo va a ser recordar la equivocación de Pepe, cuando debía de tenerse en cuenta la labor que ha realizado aquí durante más de veinte años. Su lealtad con la Empresa y su devoción por el trabajo, es algo que no se puede olvidar en un momento, porque el yerno de Don Antonio quiera ahora... (Por la puerta del lateral derecha entra el secretario que había entrado antes. Recoge los papeles que había firmado Pedro, deja sobre el escritorio varias cartas, y sale sin hablar.)

Julio

Eso, según te he oído decir muchas veces, es un deber elemental de todo empleado. Siempre has sostenido que el que no esté a gusto en el trabajo, inconforme con el sueldo, o con algo, debe renunciar y marcharse. Tú exiges esa devoción y esa lealtad a todos.

Pedro

(Va hacia el escritorio, se sienta y empieza a firmar otra vez) Pero, el caso de Pepe es diferente. Como usted sabe, dedica al trabajo todo su entusiasmo y toda su energía. No se trata ya de cumplir con el deber en una forma más o menos ejemplar, sino mucho más. Gracias a eso, la Empresa ha podido ahorrar mucho dinero con esas plantillas nuevas que él solo ha ideado, y ha logrado mejorar la calidad de muchos productos sin que suba el costo. Las horas que se pasa encerrado en su oficina sin tener la obligación de hacerlo... (Sigue firmando)

Julio

Es que el asunto ese de los moldes tiene también contrariados a otros miembros de la Junta. Podías trasladar a Pepe al Departamento de laminación.

Pedro

(Levantando la cabeza) Sí. Y mandar para su casa al viejo Don Andrés. ¿No es eso?

Julio

A él no le importaría que Pepe le ayudara. Precisamente, con motivo de su edad, ya no puede andar por los talleres como antes, dando vueltas y revisando todos los trabajos. En cambio, Pepe...

Pedro

Eso sería lastimar a Don Andrés, que si ahora pasa mucho tiempo en su despacho, es porque ha logrado instruir debidamente a todos los capataces y no necesita seguir observando por sí mismo el trabajo de los operarios. Y, además, Pepe se resentiría al verse trasladado a una sección que no es la suya, donde habría de sentirse incómodo, desplazado, y teniendo que verle la cara a Don Andrés, que tampoco estaría satisfecho. (Oprime un timbre, y a los pocos minutos entra el secretario, recoge los papeles firmados y sale sin hablar por el lateral derecha)

Julio

Está bien... está bien. Pero, ya te digo, que Don Antonio va a insistir.

Pedro

Le diré lo mismo que le he dicho a usted. Además, que... aunque ese chico fuera tan capaz como Pepe, cosa que es imposible, porque carece de experiencia, el tener aquí a un yerno de Don Antonio, sería para mí un dolor de cabeza y un trastorno para todos. Si se descuidaba en el trabajo, si llegaba tarde, si hacía alguna tontería y le llamaba la atención, podría tener con el suegro una discusión mayor y más desagradable que la que me espera diciéndole que no de frente.

Julio

En eso, creo que te equivocas. Me parece que Don Antonio está dispuesto, con este yerno, a que lo hagan trabajar de firme, para que no le pase como con el otro.

Pedro

Volveré a pasarle, ya lo verá. La experiencia de Don Antonio con su hija mayor, no le ha servido de nada. Esa chica y su marido eran muy felices cuando él trabajaba por su cuenta y sostenía a la familia. Pero, cuando el suegro se puso a ayudarlo, le hizo un holgazán y un inútil, hasta que, por aburrimiento... y por no ver su propia indignidad, terminó siendo un borracho. Con éste le pasará lo mismo, o algo parecido.

Julio

Sí. Indudablemente, eso fué lo que pasó. Pero... en este caso, debías pensar mejor todo lo que hablamos. No te conviene contrariar a Don Antonio, sobre todo, ahora.

Pedro

(Sonriente) Le he contrariado muchas veces, y siempre ha terminado por darme la razón.

Julio

Pero, ahora, es algo que le toca muy de cerca. Estoy seguro de que la hija lo tiene aburrido con lo del empleo del marido, para no aburrirse ella con *ese* hombre en casa todo el día.

Pedro

Entiendo que ese chico estaba trabajando en la Corporación de...

Julio

Dejó el empleo, porque el sueldo no le convenía.

Pedro

(Con ironía) Le conviene más, al parecer, no ganar nada.

Julio

Don Antonio mismo le aconsejó que lo dejara. Le dijo que para lo que le estaban pagando... que era una explotación.

Pedro

Una explotación, porque era su yerno. (Se levanta de mal humor y empieza a dar paseos por el despacho) ¿Ya ve, Don Julio, que tengo razón? Ahora, los

mantien²él. Y si logra traerlo para acá, pretenderá que se le pague más que a Pepe. No, no. Es un asunto decidido.

Julio

(Sonriente) Tus intransigencias, son famosas. Bueno. No te precipites a tomar resoluciones. Todavía hay otro asunto. (Abre la carpeta y empieza a buscar unos papeles) El de los materiales.

Pedro

Si; ya sé. Pero, ¿Qué tiene que ver en eso Don Antonio?

Julio

Don Antonio es el que firma los contratos de compra. Como Presidente de la Compañía, y tratándose de...

Pedro

Ya lo sé. Eso, no es ninguna novedad.

Julio

(Sacando los papeles que buscaba) Aquí está. Los precios son casi lo mismo. (Le entrega los papeles a Pedro y éste los examina) Pero las condiciones, no. La Gruber te ofrece una comisión del diez por ciento, como Gerente, sobre el valor de la factura.

Pedro

(Levanta la vista de los papeles que había empezado a ojear, para mirar a Don Julio) ¿El diez por ciento?

Julio

Si. En el momento de firmarse el contrato. Te pagan por adelantado, con un cheque al portador, o en efectivo; como quieras. Eso no está dicho ahí, desde luego, pero el representante habló conmigo ayer. Es la costumbre.

Pedro

Yo nunca he sabido que...

Julio

Acuérdate de que otras casas también... Industrias Reunidas, y la Oceanic... hace apenas unos meses.

Pedro

Desde luego. Pero lo que se hizo fué lograr que rebajaran el precio.

Julio

Porque tú no quisiste cobrar la comisión. Nunca has querido..

Pedro

¿Cómo voy a cobrarla? ¿Lo haría usted en mi caso?

Julio

(Después de una vacilación muy breve) Pedro... Ya sabes que yo soy un hombre honrado. Eso, nadie lo podrá negar.

Pedro

Sí. Desde luego. Y, ¿qué haría usted?

Julio

Yo... en tu caso, la aceptaría. Es una cosa normal que se hace corrientemente en muchas compañías. La Empresa en nada se perjudica y, en cambio, tú... Piénsalo detenidamente. Esta vez es mucha plata y, ahora, con el accidente y la curación de Lola, tienes muchos gastos. Has tenido que pedir un anticipo para...

Pedro

(Vuelve a ojear los papeles y se encamina a su asiento lentamente) Sí. Ya lo sé; ya lo sé. Pero... (Pausa breve) Yo no puedo hacer eso, Don Julio. No puedo. Aquí está claro. Fijese en el resultado de los análisis. Los materiales de la Gruber son inferiores a los de la Parco, e incluso el precio de estos es algo más bajo.

Julio

Más bajo... casi nada. Pero la Parco no te ofrece comisión ninguna, y el hecho de que el material sea un poco mejor, no tiene importancia. Comprenderás que la duración de las estructuras, al cabo de los años...

Pedro

(Abstraído en el examen de los papeles) ¿Cómo dijo?

Julio

Julio

Tú sabes que Don Antonio suele consultar conmigo muchas cosas y tenía el propósito de apoyar el negocio con la Gruber, pensando en el beneficio que podría quedarte. Y si lo complaces en el asunto del yerno...

Pedro

(Levantando la vista de los documentos para mirar a Don Julio) Pero, Don Julio, ¿cómo voy a recomendar a nadie la conveniencia de un contrato que no resulta beneficiosos para la Empresa?

Julio

(Se encoge de hombros) De la misma manera que el Presidente te va a pedir que pongas a su yerno en el puesto de Pepe. ¿Crees que él se imagina que eso va a ser ventajosos para la compañía?

Pedro

Pero, yo soy el Gerente. (Vuelve a concentrarse en los papeles)

Julio

Es verdad. Y él es el Presidente, y accionista importante, mientras que tú no lo eres. Las acciones que tienes, son... nada comparadas con las de él.

Pedro

Sí, ya lo sé. Pero, eso no ha de impedirme cumplir con mi deber, como siempre. (Levantando la vista de nuevo) Mire, Don Julio, estoy dispuesto a recomendar el contrato con la Gruber, si rebajan ese diez por ciento del precio de factura, porque entonces sí tendría una base razonable para...

Julio

Es inútil gestionarlo, porque no lo harán. Conociendo bien tu terquedad, ya hablé de esa posibilidad con el representante, y me dijo que no, rotundamente. Que ellos tienen que hacer las facturas a los precios señalados para no tener discusiones con los competidores y los agentes, y que no pueden rebajar nada. (Entra por el lateral un mensajero con una bandeja, dos vasos y un termos de agua. Lo coloca sobre la mesa del fondo y sale

sin hablar)

Pedro

(Devolviendo por encima de la mesa los papeles a Don Julio) Pues, entonces, asunto terminado. El contrato se hará con la Parco.

Julio

(Guardando los papeles en su cartera) Habría una fórmula, si te parece bien, ya que tanto te preocupan los intereses de la empresa.

Pedro

¿Cuál es?

Julio

Aceptas el cheque y lo endosas a la compañía, o lo depositas y entregas... una parte. Yo siempre pienso en los muchos gastos que tienes ahora con la curación de tu mujer.

Pedro

No.

Julio

Pero, ¿por que? De esta manera...

Pedro

Si yo aceptara el cheque por ese diez por ciento, que es mucho dinero, y lo endosara a la Empresa, siempre podría haber alguien que pensara que yo me había beneficiado en algo. Usted mismo acaba de decir, que yo podría recibir ese dinero y entregar una parte a la compañía. ¿No! No basta ser honrado, Don Julio. Hay que parecerlo también. Y la misma gente de la Gruber pensaría...

Julio

Lo que van a pensar los de la Gruber es que estás un poco loco. Ya el representante me preguntó algo sobre tus rarezas, cuando le dije que tal vez no aceptarías.

Pedro

¿Rarezas? ¿Rareza el ser decente? (Se sirve un vaso de agua y bebe despacio)

Julio

Lo que pasa es que... Con franqueza, Pedro... Llevas las cosas al extremo. Tú podrías dejar a Don Antonie muy contento con pasar a Pepe al Departamento de laminación, y ganarte ahora un dinero que sé que te vendría muy bien, y ganarlo honradamente, sin perjuicio para nadie.

Pedro

No insista, Don Julio. Agradezco su interés y sus razonamientos. Pero, en este caso, como en todos, tengo que hacer lo que me dice mi conciencia.

Julio

(Que vuelve a revisar sus papeles en la cartera) Una conciencia demasiado estrecha. Te lo digo yo, que...

Pedro

(Se levanta otra vez para caminar por el despacho) ¿Quién mide la amplitud de las conciencias? Tenemos normas de conducta, ya lo sé, morales y religiosas, que nos marcan una pauta; pero en la práctica, se han ido relajando y aflojando, hasta el extremo de que hoy, incluso las personas decentes y correctas, como usted, consideran tolerable y lógico que uno haga cosas indebidas... porque así se hacen. Yo no tengo espíritu de reformador, ni de misionero, para ir predicando por ahí mis opiniones y censurando tanta granujada como se ve todos los días. Pero, no puedo hacer que mi conducta se ajuste a esos patrones que usted ha mencionado, aunque me tengan por extravagante y loco.

Julio

(Que ha escuchado muy atento) Bueno. Allá tú. Pero, yo...

Pedro

(Interrumpiendo) Usted insiste en su punto de vista. Usted cree que hago mal al no trasladar a Pepe, perjudicando el funcionamiento de dos Departamentos; no empleando aquí al yerno del Presidente para dejarlo contento, y no quedándome con un dinero que me ofrecen, sencillamente, porque sí.

Julio

Porque eres el Gerente, y todos los Gerentes...

Pedro

(Vuelve a interrumpir) Yo no sé si todos los Gerentes, aunque creo que no soy el único hombre honrado que queda en este mundo. Todavía tengo fe en la humanidad, aunque haya podido perderla con gente como Don Antonio y como...

Julio

(Con rapidez) Como yo. Puedes decirlo. Ya sabes que no me enfado por eso.

Pedro

No, Don Julio. Lo que le ocurre a usted, es que se deja llevar por la corriente, sin pensar bien las cosas. Usted, como yo, conoce a mucha gente que es tenida por honorable y por decente, aunque se sabe que hacen cosas que yo estimo censurables, y hasta dignas de castigo, y cree de buena fe que todo eso es lo normal y lo correcto y que quienes no somos así, somos unos tipos raros, condenados al fracaso.

Julio

Yo no he **hecho** otra cosa que tratar de aconsejarte con buena intención.

Pedro

(Le da unas palmadas en la espalda, sonriente) Ya lo sé, Don Julio. Lo comprendo. Y yo siempre le escucho. Voy a bajar un momento a los talleres. (Se dirige a la puerta del fondo, pero se detiene al oír a Don Julio)

Julio

Me escuchas, yo no sé por qué, pues nunca me haces caso. Bueno...

(Vuelve a revisar sus papeles) Hay otro asunto, que me parece más delicado de tratar contigo, y tal vez más grave.

Pedro

(Acercándose a Don Julio) ¿Otra granujada?

Julio

(Sonríe) No. Verás... Me parece delicado por la persona de que se trata.

Pedro

¿Quién es esa persona y cuál es el asunto?

Julio

La viuda de Monteros.

Pedro

¿Elena?

Julio

Sí.

Pedro

Y... ¿Qué pasa?

Julio

Pues, pasa que... Como sabes, ella ha heredado del marido una cantidad de acciones grande. Más de doce mil.

Pedro

Ha heredado muchas cosas. Monteros erammuy rico. Ha tenido que heredar muchas casas, fincas, valores, dinero en el Banco y acciones de varias empresas.

Julio

Seguramente... No sé. Aquí tenía más de doce mil, que hoy son de la viuda. El traspaso se hizo hace ya tiempo. (Pausa breve) Tí... ¿no has vuelto a verla...? ¿No has hablado con ella, últimamente?

Pedro

No. Ella no vivía aquí, me parece... al menos, creo que pasaba mucho tiempo fuera con su marido. No sé cuándo regresó, siquiera.

Julio

¿Has tenido con ella algún disgusto...? Quiero decir cuando... Porque yo lo sé todo.

Pedro

Usted lo sabe todo, Don Julio. Al menos, todas mis cosas. Usted

sabe que Elena y yo fuimos muy buenos amigos... novios...

Julio

Más que eso, Pedro. Ya te digo... que...

Pedro

Nuestra amistad, nuestras relaciones, fueron cuando ella estaba soltera, y yo también.

Julio

¿Por qué no te casaste con ella? Perdona la pregunta, pero...

Pedro

Es difícil de explicar eso, sobre todo a usted.

Julio

Tú la querías...

Pedro

Desde luego... Pero... Dejemos eso, Don Julio. Todavía no me ha dicho de qué se trata.

Julio

Es que... Te preguntaba, porque yo no sé cuáles son sus intenciones, y por eso quería saber si estaba disgustada contigo. (Por el lateral derecha entra el secretario con varios documentos que coloca sobre la mesa del fondo; entrega una nota a Pedro y sale sin hablar)

Pedro

¿Por qué habría de estarlo? Ella se casó... (Examina brevemente la nota del secretario y la deja sobre el escritorio)

Julio

Pero, tú lo hiciste antes. ¿No es así? Conociste a Lola en unas vacaciones, me acuerdo muy bien, pues no hace tantos años, y...

Pedro

(Un poco impaciente) Pero, ¿qué puede importar ahora todo eso? El hecho de que tenga unas acciones de la compañía; de que hayamos sido amigos hace tiempo...

Julio

(Interrumpiendo otra vez) Pero ha estado comprando más. Ya tiene más del doble. Ha pagado algunas, incluso a un precio superior al normal, lo que indica su ~~mucho~~ interés...

Pedro

Su interés en la Empresa; es hacer una buena inversión. Debe saber bien que, a pesar de la crisis y de todas esas cosas de que usted hablaba antes, los dividendos siguen siendo altos.

Julio

Sí. En efecto. Eso puede revelar su interés en la Empresa... o en ti.

Pedro

(Sorprendido) ¿En mí...? Hace casi diez años que no nos hemos visto.

Julio

Yo pienso que si sólo fuera interés en la Empresa, se habría conformado con las acciones que tiene. Pero, al parecer, quiere comprar más todavía.

Pedro

¿Por qué no lo hizo?

Julio

Ya no es fácil. Precisamente los agentes de ella, al pagar precios más altos de los que se venían pagando, han puesto a los accionistas sobre aviso y, como es lógico, más exigentes.

Pedro

Todavía no puedo adivinar qué es lo que le preocupa.

Julio

Me preocupa que ahora quiere conseguir quinientas.

Pedro

¿Quinientas acciones más?

Julio

Sí.

Pedro

Pedro

¿Por qué tantas?

Julio

Porque con eso, y las que tiene, logra la mayoría.

Pedro

(Pensativo) Quinientas acciones, son muchas... No le será fácil conseguirlas.

Julio

(Hablando lentamente) No le será fácil, desde luego, porque los pequeños accionistas tienen pocas. Por lo general, diez o doce, o veinte, el que más, y hay muchos que no quieren venderlas, porque son obreros y empleados de la Empresa, o parientes de ellos.

Pedro

¿Cómo las va a conseguir, entonces? Los accionistas principales, como Don Antonio y los otros directores, no van a vender, y menos sabiendo que Elena sola puede tener la mayoría.

Julio

Pero el viejo Nocedal quiere vender las suyas, si se las pagan bien. Yo creo que es el único.

Pedro

¿Cuántas tiene?

Julio

Cuatrocientas veinte.

Pedro

¿Le hicieron ya una oferta?

Julio

Creo que sí. Y entiendo que a doscientos, está dispuesto a venderlas.

Pedro

Cuatrocientas veinte, a doscientos... ochenta y cuatro mil... Es mucho dinero. ¿Por qué quiere vender Nocedal...? El lleva mucho tiempo vinculado a la Empresa.

Julio

No sé bien el motivo. Parece que es cosa de la mujer, que no es de aquí. El clima no le hace bien, por el asma y, por lo visto, quiere marchar.

(Pausa) Por eso te preguntaba antes... ¿Qué planes tendrá esa señora?

Pedro

(Que ha estado pensando) Quién?

Julio

Elena. Ese empeño de ella de conseguir la mayoría a todo trance. No sé... No sé...

Pedro

(Con decisión) Hay que hablar con Nocedal y convencerle para que retenga esas acciones. Que venda algunas nada más en todo caso... cien, a lo sumo.

Julio

Me parece que va a ser difícil. Si, como supongo, le ha prometido a la esposa llevársela de aquí... Y lo que él quiere, al parecer, es vender todas las que tiene.

Pedro

(Se acerca decidido al teléfono y llama) Por favor, consígame en seguida a la señora viuda de Monteros... Elena de Monteros. Es urgente.

Julio

¿Qué vas a hacer?

Pedro

(Cerca del teléfono) Hablar con ella. Quiero saber qué es lo que se propone.

Julio

Lo que se propone es dominar la sociedad. Eso está bien claro.

Pedro

(Reflexionando) Sí.... Pero, ¿para qué?

Julio

Para nada bueno, seguramente. A menos que quiera ser de la Directiva,

para estar cerca de ti otra vez...

Pedro

(Sin escuchar a Don Julio, empieza a pasearse nervioso y de pronto, se detiene) Ahora que me acuerdo... Monteros tenía también muchas acciones de la Inmobiliaria.

Julio

¿No es esa la compañía que quiso comprar los terrenos de la fábrica?

Pedro

Sí. Esa es. Y pudiera ser que...

Julio

¿Qué quiera venderlos ahora? Para disolver la sociedad no le basta con la mayoría.

Pedro

Pero, podría conseguir los votos necesarios, o imponer una Directiva que decidiera suspender las obras que tengo proyectadas; trasladar la fábrica a otro sitio para vender... hacerla quebrar... (Nervioso, va al teléfono de nuevo) Señorita... por favor. Esa llamada... Sí; la viuda de Monteros... Bueno... Estoy esperando... (Cuelga) Hay que impedir que Necedal le venda a ella. Hay que impedirlo, como sea.

Julio

Tal vez podrías lograrlo.

Pedro

¿Cómo?

Julio

(Sonriente) Bueno... Si aceptaras esa comisión de la Gruber, podrías comprar tú mismo unas cuantas...

Pedro

Eso, no. Además que, con ese diez por ciento... no podría comprar ni la mitad siquiera. Pero, aunque pudiera comprarlas todas. No hablémos más de eso.

Julio

Podrías decirle a Don Antonio y quizá a algún otro director. Si ellos supieran lo que pasa...

Pedro

Es que no lo sé yo mismo... (Suena el timbre del teléfono) Aló... ¿La señora viuda de Monteros...? Sí; soy Pedro.. Muy bien, Elena, gracias; ¿y tú...? Me alegro mucho... Sí. Sí... Deseaba hablar contigo... No. No es tan urgente... ¿Te dijeron...? Cuando quieras... Puedes decirme... No; por favor... ¿Cómo te vas a molestar...? ¿Muy cerca...? Bueno; como quieras... Muchas gracias, Elena, yo también tengo muchos deseos de verte... No; es que siempre estoy muy ocupado... Como siempre, sí... Bueno; te espero... Sí. Haré que pases en seguida. (Cuelga)

Julio

¿Viene para acá?

Pedro

Sí. La telefonista la consiguió en una peluquería que queda cerca de aquí. Debieron decirle en su casa dónde estaba.

Julio

(Se levanta) Bueno... pues... yo me voy. A ver si estás con ella tan amable y cariñoso. Son cerca de veinticinco mil acciones las que tiene ya, y si logra lo que quiere...

Pedro

¿Está usted seguro de que Necedal no vendió todavía?

Julio

Sí. Como comprenderás, aquí tenemos que enterarnos. No ha mandado la carta ni los certificados.

Pedro

(Reanudando sus reflexiones) Hay que evitar eso, por si acaso.

Julio

Ya te di la fórmula. La comisión... Y hablar con Don Antonio. Si lo

complaces en lo del yerno... Además, que le gusta mucho ser Presidente de la compañía, y eso de que tenga la mayoría de las acciones alguien que pueda poner en peligro su posición...

Pedro

Hablaré con otros directores... Don Germán y Don César...

Julio

No creo que consigas nada. Son los únicos que podrían hacer algo, desde luego. Pero Don Germán está muy enfermo, como sabes; es un viejo solterón, que tiene poco interés en las cosas de la vida ya.

Pedro

(Sonriente) En eso, no se parece a usted.

Julio

Pero, es así. Y Don César ha perdido mucho dinero en el contrato de las pavimentaciones, y no creo que ahora pueda... La única solución, sería... ya te dije...

Pedro

De eso, no hay que hablar más.

Julio

¿Ni para salvar la compañía?

Pedro

Para eso, haría cualquier cosa.

Julio

Cualquier cosa decente. (Acomoda la cartera bajo el brazo)

Pedro

Por supuesto.

Julio

Pues, a veces, es preciso no tener tantos miramientos. Y si el propósito es bueno...

Pedro

No creo que se pueda alcanzar nunca un buen propósito por malos caminos.

Además, que no sabemos todavía lo que se propone Elena.

Julio

(Inicia el mutis por el lateral derecha) Nadie mejor que tú puede averiguarlo. (Pedro se vuelve a la mesa del fondo para acomodar los planos que tiene sobre el escritorio y en ese momento suena el teléfono. Don Julio lo contesta) ¿Aló? ¿De parte de quién? ¿Ah? ¿Es usted? Perdona, que no le conocí la voz. Sí. Un momento... Pedro, tu mujer te llama.

Pedro

(Tomando el teléfono) Qué hay, Lola. ¿Te sientes bien...? Me alegro... (Sale Don Julio) No. Espero una visita... No sé... ¿Cómo no! Fuedes venir, si quieres... Por supuesto, dile que venga también, aunque... Bueno; preferiría que vinieras sola y así podríamos ir juntos a almorzar... Sí, ya lo comprendo... Pero es la primera visita que me haces aquí después del accidente, y hay que celebrarlo... Sí... Como tú quieras... (Tocan a la puerta) Un momento... (Tapa el auricular) Adelante. (Se abre la puerta y aparece el secretario, que da paso a Elena, a quien Pedro hace con la mano un gesto de saludo, a la vez que de disculpa. Destapa el auricular) Bueno... Sí... Te espero... Hasta luego. (Cuelga y se adelanta a Elena que avanza lentamente por el despacho después que el secretario cerró la puerta. Elena es una mujer muy bella y vestida con elegante refinamiento. Tiene como treinta años)

Escena 2ª

(Elena y Pedro)

Pedro

(Muy afectuoso) Elena... Déjame mirarte... Estás estupenda... (Se adelanta a saludarla y le da la mano)

Elena

Tú no estás mal tampoco. En... nueve años no has cambiado mucho. ¿Son nueve, verdad?

Además, que no sabemos todavía lo que se propone Elena.

Julio

(Inicia el mutis por el lateral derecha) Nadie mejor que tú puede averiguarlo. (Pedro se vuelve a la mesa del fondo para acomodar los planos que tiene sobre el escritorio y en ese momento suena el teléfono. Don Julio lo contesta) ¿Aló? ¿De parte de quién? ¿Ah? ¿Es usted? Perdona, que no le conocí la voz. Sí. Un momento... Pedro, tu mujer te llama.

Pedro

(Tomando el teléfono) Qué hay, Lola. ¿Te sientes bien...? Me alegro... (Sale Don Julio) No. Espero una visita... No sé... ¿Cómo no! Puedes venir, si quieres... Por supuesto, dile que venga también, aunque... Bueno; preferiría que vinieras sola y así podríamos ir juntos a almorzar... Sí, ya lo comprendo... Pero es la primera visita que me haces aquí después del accidente, y hay que celebrarlo... Sí... Como tú quieras... (Tocan a la puerta) Un momento... (Tapa el auricular) Adelante. (Se abre la puerta y aparece el secretario, que da paso a Elena, a quien Pedro hace con la mano un gesto de saludo, a la vez que de disculpa. Destapa el auricular) Bueno... Sí... Te espero... Hasta luego. (Cuelga y se adelanta a Elena que avanza lentamente por el despacho después que el secretario cerró la puerta. Elena es una mujer muy bella y vestida con elegante refinamiento. Tiene como treinta años)

Escena 2ª

(Elena y Pedro)

Pedro

(Muy afectuoso) Elena... Déjame mirarte... Estás estupenda... (Se adelanta a saludarla y le da la mano)

Elena

Tú no estás mal tampoco. En... nueve años no has cambiado mucho. ¿Son nueve, verdad?

Elena

Digo la verdad. No sé si lo que fuimos tú y yo es más, o menos, que amigos. Pero... eso, no lo fuimos nunca.

Pedro

No tienes razón en lo que dices. Yo siempre te he querido... Y no he dejado de...

Elena

(Con énfasis) ;Nunca! ;Nunca me quisiste! Ni yo a ti tampoco... al principio... aunque, después... Lo que tú sentías por mí era otra cosa, que tiene mucho que ver con los sentidos y muy poco con los sentimientos.

Pedro

Elena... La verdad, me desconciertas... No esperaba que llegaras en esa actitud.

Elena

Te creo. No lo esperabas, porque seguramente que no has pensado nunca en mí, hasta hoy; hasta ahora, en que, no sé por qué, aunque empiezo a sospecharlo, te ha dado por llamarme.

Pedro

En eso, estás equivocada. He pensado mucho en ti; mucho... Y te aseguro que te he recordado siempre, como algo...

Elena

(Con leve esperanza) ¿Como algo, qué...?

Pedro

(Titubea) No acierto a expresarlo, quizá porque no imaginé que tuviera que decirlo con palabras. Algo... muy grato... Un período brillante, luminoso y optimista de mi juventud, que tú llenaste...

Elena

(Interrumpe a Pedro repitiendo sus mismas palabras) Nunca imaginaste que tendrías que decirlo... ¿No pensaste nunca que volverías a verme, que volveríamos a hablar...?

Pedro

Eso, sí. Tan pronto volvieras aquí... más tarde, o más temprano, terminaríamos por encontrarnos en algún lado.

Elena

Por casualidad... No porque tú trataras de... Pero, aún así... ¿no pensaste nunca que yo querría saber lo que tú sentías por mí, ahora...?

Pedro

Francamente... no pude suponer que te interesara eso.

Elena

¿Que me interesaras tú? Sigues juzgando a los demás por ti. Y actuando por tu cuenta, sin preocuparte de nadie. Eso es egoísmo.

Pedro

(Persuasivo) Elena... No debes recriminarme. Yo siempre fui contigo muy franco, muy sincero.

Elena

Eso, desde luego. Cuando te enamoraste de Lola y decidiste casarte con ella, yo importaba poco... nada, mejor dicho.

Pedro

Nuestras relaciones nunca estuvieron orientadas hacia el matrimonio. Y si hubiera seguido contigo después, habría un doble engaño. Te hubiera engañado a ti, al fingir algo que no era verdadero, y a Lola, que era ya mi esposa.

Elena

Dicho así, parece muy claro. Pero no contaste para nada con mis sentimientos, porque te tenían sin cuidado.

Pedro

(Con un leve gesto de resignación) No es eso... Además... Fué mucho mejor para ti. Al quedar libre de mi presencia, pudiste casarte con Monteros. Con Monteros, el millonario, y hoy eres una viuda rica... joven... (De buen humor) Y estupendamente guapa. Debes estar agradecida de mí...

Elena

(Interrumpiendo con ironía) A lo mejor, lo estoy... y ahora quieres darme ocasión de demostrártelo. ¿Me llamaste, acaso, para pedirme un favor?

Pedro

(Vacilante) Te llamé... No, precisamente... Quería saber si es verdad... ¿Qué interés tienes tú en conseguir tantas acciones de esta Compañía? ¿Para qué las quieres?

Elena

(Con una carcajada) Conque era eso... Ya lo suponía... (Misteriosa) Las quiero... ya ves... Para tenerlas...

Pedro

Tienes ya bastantes. Desde luego, es una buena inversión de tu dinero; puedo asegurártelo. Pero, entiendo que no te conformas y quieres conseguir la mayoría.

Elena

Ya que estás tan enterado, puedo decirte que la voy a tener. Mis agentes están en tratos con un accionista importante.

Pedro

Sí; con Necedal, ya lo sé.

Elena

Y creo que mañana, o pasado, me hará el traspaso de sus certificados.

Pedro

¿Qué te propones hacer?

Elena

(Irónica) Varias cosas. Con Monteros aprendí mucho de negocios, ya que no de otras cosas que hubieran podido enriquecerme espiritualmente. Y debes saber que yo soy accionista también de la Inmobiliaria, que hace tiempo que desea los terrenos de esta fábrica para hacer un gran teatro, un centro comercial y una serie de edificios de apartamentos.

Pedro

(Con leve aspereza) Para disolver esta sociedad no te basta tener la mayoría. De acuerdo con ^{los} estatutos, hace falta...

Elena

(Risueña) Para disolverla, sí, pero no para llegar a un acuerdo de fusión. Mis abogados han estudiado bien este asunto. Y parece que no tienes en cuenta que Aceros Consolidados es una compañía que está deseando llegar a un entendimiento para eliminar una competencia que, gracias a tus esfuerzos y a tu capacidad, les está haciendo mucho daño. Y de paso, a mí, que también tengo en esa Empresa intereses importantes.

Pedro

(Abatido) Es verdad... Pero, si se llega a la fusión con los Aceros...

Elena

Los talleres de aquí, serán eliminados. Una parte del equipo y de las máquinas será trasladado, y de este modo, quedarán libres los terrenos que quiere comprar la Inmobiliaria. Como ves, salgo ganando por todos lados.

Pedro

(Preocupado) Pero... ¿Te das cuenta del daño que vas a hacer?

Elena

¿Daño? ¿A quién?

Pedro

(Con énfasis) A cientos de obreros, que trabajan aquí, y a quienes ahora les va a ser muy difícil hallar ocupación en otra parte... daño a los accionistas, que han tenido fé en esta compañía y que han ayudado a levantarla... daño a mí, que he puesto en mi labor tanto empeño y tanta devoción... daño a los constructores, porque el material que fabrica Aceros es muy malo...

Elena

(Irónica de nuevo) Pedro, estás poniéndote sentimental, y eso en ti es muy raro. Un hombre que todo lo calcula y todo lo piensa... para decidir siem-

pre lo que le conviene. (Con energía) ¿Qué puede extrañarte que haga yo lo mismo? La compra de esas acciones, el eliminar esta compañía, me resulta ventajoso y...

Pedro

(Que ha permanecido un momento cavilando, interrumpe a Elena) No tienes corazón, si haces eso.

Elena

(Con energía) ¿Corazón? ¿Crees que lo tengo? ¿Te preocupó eso alguna vez? Me dejaste un día, cuando te convino y yo... tuve que entregarme... tuve que venderme a un millonario, porque tu ejemplo, me enseñó a usar bien la cabeza. Aproveché la lección, y ahora pretendes que me vuelva sentimental de repente. ¿Lo eres tú, acaso? ¿Lo fuiste alguna vez?

Pedro

(Reflexivo) Es posible que tengas razón... aunque eres injusta al juzgarme, porque yo no hice nada... La verdad, es que nosotros nunca llegamos a conocernos bien, porque nuestras relaciones fueron como un torbellino... un vértigo apasionado...

Elena

(Emocionada) ¿Te acuerdas? ¿No fué maravilloso?

Pedro

(Casi sin oír) Quizá, por eso... no sé. Cuando nos separamos y yo me marché... cuando conocí a Lola en aquel paréntesis de calma... me enamoré de ella, de otra manera. Algo distinto. Yo nunca pensé que podría haberme casado contigo, y con esto no quiero ofenderte, ni halagarte, sino decirte la verdad. Me parecía que casándonos tú y yo, viviendo juntos siempre, terminaríamos por aborrecernos. Cuando el arrebató de la juventud ^e ~~de~~ la, el hombre y la mujer necesitan otra cosa...

Elena

¿Quieres mucho a Lola?

Pedro

Pedro

Mucho. Me ha hecho feliz, porque es buena, y alegre y risueña, y porque me quiere.

Elena

Y yo... en cambio... He tenido que conformarme con un pobre millonario.

Pedro

¿No querías a Monteros?

Elena

(Displicente) Me casé con él por su dinero y por tu actitud conmigo. Fué despecho, rabia... Luego, le admiré por sus habilidades financieras, y la admiración es una manera que tenemos las mujeres de querer, pero nada más. Yo no he vivido... vivido, más que los pocos años que estuvimos juntos tú y yo... (Pausa)

Pedro

Bueno... Elena... (Se levanta a buscar un cenicero y se queda de pie) ¿Qué piensas hacer?

Elena

¿Hacer de mi vida? Eso, depende de ti.

Pedro

(Desviando el tema) Quiero decir... con las acciones... ¿Por qué no desistes?

Elena

¿De comprarlas? No. En cuanto a lo que decida hacer después, también depende de ti.

Pedro

¿No he logrado convencerte?

Elena

(Levantándose risueña) No. Pero, tal vez lo logres. ¿Quieres ir a casa esta noche? Podíamos comer juntos, los dos solos, y luego conversar... Quizá logres descubrir que tengo corazón. (Se le acerca, mimosa) ¿Quieres

que te espere? ¿Como antes...? (Va a echarle los brazos al cuello para besarle, pero Pedro la rechaza suavemente)

Pedro

No sé lo que te propones...

Elena

He pensado que podría darte mis poderes para que representaras mis acciones... todas... Nadie mejor que tú...

Pedro

Elena... Eso... Pero, volver a lo de antes, no. Es imposible. Sería una vileza.

Elena

(Con leve acritud) Lo que tú quieras... como siempre... Pero, no me pidas sacrificios a mí sola, en el caso de que fuera sacrificio para ti volver a ser amigo mío.

Pedro

(Con vehemencia) Amigos, sí. Eres tú la que has dicho que no lo fuimos nunca.

Elena

(Inicia el mutis por el lateral) No discutamos palabras... Tengo derecho a vivir otra vez, y ahora puedo conseguir lo que quiero... Para eso soy la viuda de Monteros, la viuda rica, que tú dices... (Pedro se adelanta a abrirle la puerta) Te espero esta noche a las nueve... no lo olvides. (Sale y Pedro regresa lentamente al centro de la escena y empieza a pasearse en actitud de meditación. A los pocos momentos entra Don Julio)

Escena 3^a

(Pedro y Don Julio)

Julio

(Entrando por el lateral al ver a Pedro cabizbajo) Pasaba por ahí... ¿Hay

cita? Le oí decir que te esperaba.

Pedro

No voy a ir.

Julio

¿Qué te ha dicho? ¿Para qué quiere las acciones? ¿Va a disolver la Compañía? Eso, no puede hacerlo.

Pedro

(Lentamente) Tiene un plan de fusión con Aceros Consolidados, para vender estos terrenos a la Inmobiliaria. (Pausa)

Julio

(Preocupado) Es un diablo esa mujer... Eso, es grave. ¿Crees que lo hará?

Pedro

Mucho lo temo.

Julio

Pero, no parecía que ustedes hubieran discutido fuerte... ¿Para qué es esa invitación?

Pedro

Ya puede figurárselo.

Julio

(Misterioso) ¿Para volver a...? (Pedro hace un gesto de duda con los hombros y reanuda sus paseos) Pues, la verdad, es que está muy guapa la viudita. Yo, en tu lugar...

Pedro

(Parándose y volviéndose airado) Ya lo sé, Don Julio. Usted, en mi lugar, aceptaría la comisión de la Gruber, emplearía al yerno de Don Antonio, y se enredaría con Elena, que para eso ^{es} guapa y tiene mucho dinero. ¡Mucho dinero! Usted, en mi lugar, haría muchas cosas, que yo no soy capaz de hacer.

Julio

No te enfades. Pero, muchos quisieran verse en tu lugar. Una aventura así, discreta, con la viuda de Monteros... Y, desde luego, todo eso de las acciones,

quedaría arreglado. Ni fusión con los Aceros, ni venta del terreno...
Quizá podrías lograr que te diera sus poderes..

Pedro

(Con aspereza) Me los ha ofrecido. Pero, ya sabe usted el precio.

Julio

(Asombrado) Y... no vas a pagarlo...?

Pedro

(Con sequedad) No.

Julio

¿Y vas a permitir, entonces, que los Aceros se queden con la fábrica? ¿Que se eche abajo todo esto, y que más de cuatrocientas familias se queden en la misera? Porque, ya comprenderás, que la reducción del personal sería...

Pedro

(Violento) Ya lo sé. Ya sé todo eso. Y he de evitarlo de cualquier manera.

Julio

De cualquier manera, no. Tú mismo lo has dicho.

Pedro

(Con énfasis) ¡Hable usted esta misma tarde con Necedal y dígame que no venda, por ahora; que se lo pido yo!

Julio

(Abriendo los brazos asombrado) Pero, ¿cómo voy a decirle semejante cosa? Ya sabes que está decidido a vender para hacer el viaje con su esposa. Lo único que tiene, casi, son estas acciones...

Pedro

(En un arranque, yendo a sentarse al escritorio) Dígame que se las compro yo. Mañana... o pasado...

Julio

(Con sorpresa) Tú... ¿Pero, cómo vas...? (Por la puerta del fondo entra Lola, y al advertirlo, Don Julio corta la frase)

Pedro

(Advierte la entrada de Lola y se levanta a saludarla) Ya veremos. El, a mí, no va a negarme eso.

Julio

(A Lola) Buenos días, Lola. ¿Qué tal está? (A Pedro) Desde luego, que no... si le mandas un cheque.

Escena 4^a

(Don Julio, Pedro y Lola)

Lola

(Tiene un tobillo vendado y un brazo en cabestrillo. Cojea un poco) Buenos días. ¿Estorbo la discusión de los negocios?

Pedro

(Se ha acercado a Lola y la besa en la mejilla) Pasa, por favor. (A Don Julio) Usted, hable con él y en dos días tenemos tiempo para decidir algo.

Julio

Como quieras. Me parece difícil... Luchar contra el dinero...

Pedro

(A Lola) Siéntate un momento, mientras recojo unas cosas. (Lola se sienta en el sofá y enciende un cigarrillo) Es un momento. (A Don Julio) ¿Hay algo más pendiente? Ya se ha hecho algo tarde para bajar a los talleres, y si no hay nada más...

Julio

Te voy a traer unas planillas para que las firmes. Vengo en seguida. (Sale)

Escena 5^a

Lola

(Olfateando el aire) Huele a perfume... pero no sé bien cuál es. Me parece que debe ser muy caro... Una mujer rubia, bonita... no muy joven... Lo he notado desde la puerta. (Deja la ceniza en el cenicero y observa un momento)

la colilla que dejó allí Elena) Sí. Rubia, desde luego. (En las frases que dice Lola se sustituye la palabra "rubia" por la de "morena" en el caso de que la actriz que interprete el papel de Elena tenga el cabello negro)

Pedro

(Detrás de su escritorio acomodando unos papeles) ¿La viste? ¿Acaba de salir?

Lola

No. Lo digo por el color del lápiz de labios que usa. (Lo indica en el cenicero) Fíjate. Eso no le va bien más que a las rubias. (Recuérdese la advertencia anterior) Y una mujer que sabe elegir un perfume con tanto cuidado, no va a cometer ninguna torpeza.

Pedro

(De pie delante de Lola) ¿Crees que es lista también?

Lola

Es muy probable que lo sea. El hecho de que haya estado aquí tratando contigo de negocios, lo confirma. (Sonríe) Porque, supongo que sería de negocios.

Pedro

¿No sabes quién era?

Lola

No. ¿La conozco?

Pedro

Por lo menos, la has visto alguna vez. La viuda de Monteros. Elena.

Lola

(Sonriente de nuevo) Tu antiguo... amor?

Pedro

Yo nunca te he dicho que...

Lola

No hizo falta. ¿Es la primera vez que viene?

Pedro

Sí. La primera.

Lola

¿Por qué vino? ¿No es extraño?

Pedro

La llamé yo. Tenía necesidad de hablar con ella.

Lola

Pero... ¿aquí? ¿No sería mejor que hubieras ido tú a su casa?

Pedro

(Sentándose en una butaca enfrente de Lola) Estaba dispuesto a hacerlo, aunque no lo deseaba. No me parece correcto visitar a una mujer que vive sola.

Lola

(Con rapidez) Y que fué tu... amiga.

Pedro

Ella se ofreció a venir y no puse reparos.

Lola

Estaría ansiosa por verte. Si era la primera vez, desde que se quedó viuda...

Pedro

(Sonriente) Ya te dije que era la primera vez...

Lola

(Sonriendo también, interrumpe) Que venía aquí.

Pedro

¿Vas a sentir celos?

Lola

(Riendo) No, por Dios. ¿De ti...? No. Tendría que aprender y me costaría mucho trabajo. Te aseguro que no quise hacer ninguna insinuación.

Pedro

Lo sé. La llamé porque quiere comprar unas acciones de la compañía, y me temo que no sea para nada bueno... (Entra Don Julio con unas planillas)

Escena 6^a

Julio

(Entrando por el lateral derecha) Aquí tienes las planillas. (Las pone encima del escritorio) Puedes firmarlas, si quieres.

Pedro

(Se levanta, va hacia la mesa y se sienta a firmar rápidamente, sin dejar de hablar) No se olvide de lo de Nocedal, Don Julio. Hable usted mismo con él y explíqueme...

Julio

(De pie al lado del escritorio, mientras Pedro firma) Ya le dije a la telefonista que me consiguiera una cita para esta misma tarde. Le diré de qué se trata, pero si está decidido... y no le doy seguridad de que nosotros... de que tú...

Pedro

Puede dárselas. Ya veré lo que hago.

Julio

(Un poco optimista) Espero que mis consejos...

Pedro

(Entregándole las planillas) Los aprecio mucho, ya lo sabes. (Se levanta y en la mesa del fondo busca unos papeles) (Se vuelve a Don Julio, que inicia el mutis por el lateral llevando las planillas) Y, por favor, me telefona el resultado.

Julio

(Deteniéndose un instante) Lo haré. Descuida. (A Lola) Hasta luego, Lola. Y me alegro mucho de que siga bien.

Lola

Hasta luego, Don Julio. Muchas gracias. (Sale Don Julio por el lateral)

Escena 7^a

(Lola y Pedro)

Lola

¿Te preocupa mucho eso de las acciones?

Pedro

(Guarda unos papeles en una cartera de cuero) La verdad, sí.

Lola

¿Qué dice Don Julio? El te dijo algo de sus consejos. ¿No le escuchas?

Pedro

(Se acerca a Lola, sonriente) Siempre.

Lola

¿Y no le haces caso? La experiencia que tiene, en tantos años que lleva trabajando aquí, y lo mucho que te estima...

Pedro

(Como reflexionando) Lo cierto es que le escucho, y que no le hago caso nunca. No puedo.

Lola

Pero... no lo entiendo

Pedro

Es que Don Julio para mí, es como una especie de conciencia remota, que trata de impulsarme a hacer cosas que yo no puedo hacer, aunque las haga mucha gente.

Lola

(Incrédula) No vas a decirme que Don Julio es un sinvergüenza.

Pedro

No. No. De ninguna manera. Lo que ocurre es que Don Julio es hombre de poca fe, y de poca imaginación, que viene a ser lo mismo. Sólo le impresionona lo que ve de cerca... y vive algo atemorizado. ¿Nos vamos? (Hace ademán de ayudarla a levantarse)

Lola

Lola

(Se levanta con ayuda de Pedro) ¿Qué es lo que teme?

Pedro

(Llevando a Lola por el brazo, inicia el mutis por el fondo) Muchas cosas, aunque él mismo no lo sepa. Le tiene miedo al dinero, sobre todo. Le atribuye un poder invencible, arrollador...

Lola

(Deteniéndose) Y... ¿acaso no lo tiene?

~~Pedro~~ Pero

Sí. Pero, si las únicas fuerzas que mueven este mundo fueran esas...

Lola

Tú también estás preocupado. ¿No es por eso?

Pedro

En cierto modo, sí. Pero... (Transición) ¿Dónde dejaste a tu amiga? Me olvidé de preguntarte antes.

Lola

Se marchó a su casa. Como me dijiste que querías que viniera sola...

Pedro

Mucho mejor así. (Le oprime el brazo cariñosamente, y salen. Queda la escena sola y cae el telón)

Telón

Acto II

La misma decoración del acto 1°. Han pasado dos días, y así lo ha de indicar el calendario, con la fecha 11. Se advierten, además ligeros cambios en la disposición de los sillones y, sobre todo, en los libros y papeles que hay sobre la pared adosada al fondo.

Al levantarse el telón, entra Pedro por el lateral derecha con varios papeles en la mano; se instala en su mesa y empieza a trabajar. Un momento después, por la puerta del fondo, asoma Don Antonio, Presidente de la compañía. Don Antonio representa unos sesenta años, viste con mucha elegancia y habla con cierta solemnidad. Se cree una persona importante y trata de comunicar esta impresión a los demás.

Escena 1ª

(Pedro y Don Antonio)

Antonio

(Desde la puerta, pero casi dentro del despacho) ¿Se puede... o interrumpo? ¿Está usted muy ocupado?

Pedro

(Afable y cortés se levanta y va al encuentro de Don Antonio) Adelante, Don Antonio... No faltaba más... (Se dan la mano) Para el Presidente de la compañía, no estoy nunca ocupado. Tenga la bondad... (Le indica uno de los sillones) Pero, ¿por qué se ha molestado en venir? Si quería hablar conmigo, yo hubiera podido pasar a su despacho...

Antonio

(Sentándose) Gracias, gracias. No es ninguna molestia... Eso de que soy el Presidente, parece que lo había olvidado usted en la Junta...

Pedro

(Mientras Don Antonio se sienta, llama por teléfono) Si no es para algún asunto urgente, no me interrumpen. Estoy con Don Antonio... ¿Cómo? Sí; desde luego. Si llama ese señor, me avisan en seguida, y a Don Julio. (Cuelga. A Don Antonio) Perdone, Don Antonio; es que, a veces, hay muchas llamadas y no quiero que...

¿Qué me decía?

Antonio

Le decía, que ayer en la Junta, no tuvo usted en cuenta que yo soy el Presidente de la Compañía. Me llevó usted la contraria siempre.

Pedro

(Va a sentarse frente a Don Antonio en lugar de ocupar su sillón, en gesto de deferencia) Don Antonio, yo...

Antonio

(Interrompiendo con un gesto de la mano) No quiero reprochárselo. Usted tiene sus ideas, y yo las mías, después de todo. Y no sería la primera vez que estamos en desacuerdo.

Pedro

(Cortés) Créame que lo lamento mucho, Don Antonio. Bien sabe usted, cómo estimo y respeto su criterio en cuestiones de negocios... (Sonriendo) Basta ver sus éxitos continuos. Pero en este caso...

Antonio

(Interrumpe de nuevo) En este caso, no estuvo de acuerdo conmigo ni una vez. No sé qué habrán pensado los otros. Aunque cuando discutimos no dijeron nada, he llegado a temer que se imaginen que mis puntos de vista son poco razonables.

Pedro

(Vivamente) No, Don Antonio. Nada de eso. Todos le conocemos bien. Lo que han tenido en cuenta, sin duda, es que usted vive preocupado con muchos problemas. Tiene usted muchos negocios personales; es usted consejero y director de otras empresas y, naturalmente, no puede estar al tanto de todos los detalles de ésta. En cambio, yo, que no me ocupo más que de una cosa, es natural que conozca mejor... Usted mismo, Don Antonio, en algunos asuntos, rectificó oportunamente y votó de acuerdo con mis sugerencias.

Antonio

(Halagado en su vanidad) Sí; sí... Desde luego. En los años que lleva usted de Gerente de esta Empresa, ha demostrado conocer bien sus problemas, y capacidad sobrada para resolverlos.

Pedro

Muchas gracias. (Le ofrece cigarrillos y fuman) Me halaga usted.

Antonio

Pero eso, no significa que yo esté totalmente de acuerdo con todas sus determinaciones.

Pedro

¿Ha venido usted a verme con el propósito de hacer que cambie alguna decisión?

Antonio

No me atrevo a esperar tanto. Es usted bastante obstinado, según puede apreciar... (Ante una sonrisa de Pedro) No; no es una censura, propiamente. Reconozco que eso, en muchos casos, es una cualidad muy estimable; en los negocios, sobre todo. (Pausa breve)

Pedro

(Animándose a seguirlo) ¿Entonces...? Le estoy escuchando con toda atención.

Antonio

Confío en que algún punto de vista suyo, alguna de sus opiniones... no sea... digamos, definitiva; y si tomara en cuenta otros aspectos...

Pedro

(Siempre afable) Don Antonio. Por lo general, cuando yo sostengo algo, no lo hago a la ligera. Me doy cuenta de mis responsabilidades y trato siempre de analizar debidamente la cuestión de que se trata. ¿A qué se refiere, concretamente, por favor? ¿Al contrato con la Parco?

Antonio

Ese es uno de los asuntos. Ya sé que la Junta lo aprobó ayer por su recomendación tan entusiasta, y que a mí me corresponde, como Presidente, firmarlo sin más discusiones. Pero... (Entra Don Julio por el lateral derecha, y, sin hablar, coloca encima del escritorio de Pedro varios documentos, cheques, entre ellos, y se retira sin hablar. Pedro se levanta y se instala en su mesa para firmar. A veces, cuando el diálogo lo requiere, levanta la cabeza para mirar a Don Antonio)

Pedro

(Levantándose para ir a su escritorio) ¿Pero, qué, Don Antonio? ¿No vieron los análisis y las cotizaciones? No cabe la menor duda de que los precios son mucho más favorables. (Empieza a firmar y sigue haciéndolo, mientras Don Antonio habla)

Antonio

Aparentemente, sí. Pero, nosotros somos antiguos clientes de la Gruber en otros materiales, y no me parece conveniente el cambio que usted propone y que, en principio, fué aceptado. Yo he sido Gerente también de algunas Empresas, y siempre ha sido mi opinión que se deben mantener las relaciones...

Pedro

(Sin dejar de firmar) De acuerdo con ese criterio, Don Antonio, ninguna Empresa nueva podría organizarse, ya se trate de fabricar un producto distinto de los conocidos, o de una actividad de competencia. (Levanta la cabeza) Esta misma, cuando se fundó, tuvo que conquistar gran parte de su clientela entre compradores de otras firmas, y si ellos hubieran pensado como usted... (Vuelve a firmar)

Antonio

Pero, a nosotros, la Waco, por ejemplo, nos viene suministrando esmaltes desde hace muchos años. Y no me negará usted que hay otras fábricas.

Pedro

(Interrumpe de nuevo su labor para hablar con acento persuasivo) La Waco sigue fabricando un material de excelente calidad, que nadie ha superado. La Waco ha servido sin interrupción nuestros pedidos, aún durante la guerra... (Vuelve a escribir) y la Waco... no es el mismo caso, Don Antonio.

Antonio

Está bien. Es una cosa decidida ya. Firmaremos con la Parco. ¿Le ofrecen una buena comisión?

Pedro

(Levantando bruscamente la cabeza) Don Antonio. ¿Qué está usted diciendo?

Antonio

(Con naturalidad) Nada. Es costumbre de las casa importantes, cuando se firma un contrato como éste, reconocer a los Gerentes de las Empresas compradoras una comisión sobre el precio de factura. Como le dije, yo he sido Gerente varias veces y...

Pedro

¿Y aceptaba usted las comisiones?

Antonio

¿Por qué no? Eso es una práctica normal.

Pedro

(Con frenada energía) Una práctica normal que perjudica a las compañías. Una práctica corruptora.

Antonio

No sé por qué.

Pedro

Porque sube los precios. En lugar de hacer esa rebaja a sus clientes, lo que les permitiría fabricar a menor costo y vender más barato, tienen que mantener altas las cotizaciones para conservar su margen de ganancia y endulzar a los Gerentes con una especie de... propina... (Termina de firmar)

Antonio

(Con sorpresa) ¿Quiere decir, que a usted no le han ofrecido...?

Pedro

La Gruber, sí. ¿Qué le parece? La Gruber me ofrecía el diez por ciento.

Antonio

Ya lo sabía. ¿Y esta, no?

Pedro

No. Porque como sus precios son más bajos y la calidad mejor, quizá no pueden. (Oprime un timbre)

Antonio

(Sorprendido) Y... a pesar de todo... usted sostuvo... Es extraordinario.

Todavía no conozco bien sus reacciones, Llevo poco tiempo aquí de Presidente.

Pedro

Si no lo cree, puede preguntarle a Don Julio.

Antonio

(Protestando con el gesto) No, no. ¿Cómo voy a dudar? Pero su actitud no deja de ser extraña.

Pedro

Creí que iba usted a decir, ejemplar.

Antonio

(Sin convicción) Sí, sí. Desde luego. (Sonriendo) Pero, si ese ejemplo se imitara, se producirían muchos trastornos. Habría que hacer muchos reajustes y calcular de nuevo muchas cosas. Creo que, a la larga, sería perjudicial.

(Entra Don Julio)

Escena 2^a

(Don Antonio, Pedro y Don Julio)

Julio

(Entrando por el lateral, se dirige a la mesa de Pedro a recoger los papeles)

Perdona que no haya venido antes, pero es que estaba hablando con Necedal.

Pedro

(Rápido) ¿Está ahí?

Julio

No. Por teléfono.

Pedro

¿Qué le dijo?

Julio

Como sabes, no he podido verle todavía, porque estuvo en la playa; pero le dejé recado urgente en su casa y acaba de llamarme.

Pedro

¿Por qué no me pasó la comunicación?

Julio

Está con prisa. Le habían dado el recado hace un momento y tenía que salir

de nuevo. Pero me dijo que dentro de un rato, estaría en casa otra vez.

Pedro

¿No hizo nada todavía?

Julio

No. Pero, está resuelto a hacerlo, y en seguida. Sobre esto, me dijo que no quería discutir.

Pedro

(A Don Antonio) Es el asunto ese de Nocedal, de que le hablé en la Junta. Insiste en vender sus acciones. Y tiene cuatrocientas.

Julio

Cuatrocientas veinte.

Antonio

(A Pedro) Sí. Usted me dijo. Pide doscientos. ¿No es eso?

Pedro

¿Por qué no lo piensa otra vez, Don Antonio? La inversión es buena.

Antonio

A ese precio... No tengo tanto dinero disponible ahora, y además... que si la viuda de Monteros logra tener la mayoría...

Pedro

(Recoge los papeles y los entrega a Don Julio, que espera de pie. Este los revisa rápidamente) No puede lograrla más que con las acciones de Nocedal, y eso, si las compra todas. (Pausa breve)

Antonio

Hay otros accionistas... algunos extranjeros...

Pedro

Desde luego; pero, eso no es problema. Tendría que comprarlas a todos...

Antonio

Quiere dominar la Asamblea. ¿No es así?

Pedro

Parece evidente.

Pedro

Sí. Aquí mismo. Vino a hablar conmigo, y me contó su plan. Si logra la fusión con los Aceros, acaba con nuestra fábrica, para vender los terrenos a la Inmobiliaria.

Antonio

(Reflexivo) Baratos, seguramente. No es mala idea. Es lista esa mujer, además de ser muy guapa.

Pedro

(Se levanta y se acerca a Don Antonio, persuasivo) Pero eso hay que impedirlo, Don Antonio. Sería la ruina de esta compañía, y usted puede...

Antonio

(Con calma) ¿Puedo, qué? No puedo nada.

Pedro

Si le compra las acciones a Necedal... al menos, una parte...

Antonio

Usted mismo me dijo que quería venderlas todas. Eso es mucho dinero, y no puedo disponer ahora de esa suma.

Pedro

Pero, otros Directores podrían comprar algunas, si usted se lo sugería. Yo mismo estoy dispuesto también a...

Antonio

(Con leve sorpresa) ¿Usted? ¿Tiene dinero?

Pedro

No. Pero, puedo hipotecar mi casa, si es necesario.

Antonio

No se lo aconsejaría. El precio que pide Necedal, el que le ha ofrecido a esa señora, es muy alto. Los tiempos no son muy buenos; pueden pasar cosas, y además, que si la viuda de Monteros logra lo que se propone... ya puede usted imaginarse lo que valdrían después esas acciones. Y, me parece, que lo va a lograr.

Pedro

Pedro

No, si nosotros lo impedimos.

Antonio

No veo la manera de hacerlo. Es muy arriesgado , y por mi parte...

Pedro

(Se sienta frente a Don Antonio) Don Antonio... Hay que salvar esta Empresa, de la que depende tanta gente. Esta Empresa, que es suya y mía y de todos los que trabajamos aquí.

Antonio

(Con calma) Las sociedades anónimas no son de nadie, mi querido amigo. Yo tengo aquí algunas acciones... más, o menos, como tengo en otras muchas compañías, y mañana puedo dejar de tenerlas.

Pedro

(Se levanta y empieza a dar paseos cortos) Vemos las cosas de muy distinta manera.

Antonio

Como de costumbre. Lo que le pasa a usted es que, como Gerente, tiene aquí empeñado su amor propio. No quiere que fracase una Empresa, en ~~la~~ que ha puesto tanta voluntad.

Pedro

(Deteniéndose) No es amor propio, Don Antonio. Es sentido del deber... un deber elemental. Hay mucha gente que ha confiado en mí.... Accionistas, Directores... y los obreros y los empleados, que han comprado acciones poco a poco. Gente que ^{ha} confiado en mí... en usted... como Presidente de la Compañía.

Antonio

Yo, como Presidente, represento a la Asamblea de accionistas, y ésta toma sus acuerdos por mayoría. ¿Qué quiere usted que haga? Si mañana la viuda de Monteros consigue esas acciones, ella misma puede reemplazarme... y dejarle a usted ahí... o poner a otro en su lugar..

Pedro

(Que ha vuelto a pasearse) No se trata de nosotros. Eso sería lo de menos, si

la compañía no corriera peligro con sus planes.

Antonio

Comprendo su punto de vista, y no dejo de admirar sus buenos propósitos. (Pausa breve) Podría haber una solución.

Pedro

(Deteniéndose, con ansiedad) ¿Cuál?

Antonio

(Sonriente) Como le decía antes, he sabido que entre usted y esa señora hubo... en fin... Si usted hablara con ella... si tratara de convencerla...

Pedro

Ya le dije que estuvo aquí, en este despacho, y he tratado de hacerle ver el daño que podría causar...

Antonio

Tal vez no acertó a hablarle en tono adecuado. Si entre ustedes hubo la clase de relaciones que se dice... no creo que le sería difícil volver a... Ella, ahora, está viuda y, sin que yo dude un momento de su honorabilidad...

Pedro

(Serio) Sugiere usted, en otras palabras, que le haga el amor. ¿No es cierto?

Antonio

Pues, sí. Francamente. Y estoy seguro que de esa manera, puede usted conseguir con ella lo que quiera. Teniendo el interés tan grande que tiene usted en salvar la compañía... Yo, en su lugar... Ella está muy guapa, además, lo que no deja de ser un aliciente.

Pedro

Don Antonio... Me deja usted atónito.

Antonio

(Con naturalidad) ¿Por qué?

Pedro

(Don reprimida irritación) Pero... ¿Se da usted cuenta de lo que significaría

que yo sedujera a esa mujer, haciendo el papel de enamorado, para conseguir de ella...?

Antonio

Que no arruine una Empresa en la que usted tiene un interés muy grande, y que yo alabo. Además, que la haría usted feliz, probablemente. Ya le digo que yo, en su caso...

Pedro

Yo estoy casado, Don Antonio. ¿No tiene usted presente eso?

Antonio

(Con ligera sorpresa) ¿Qué tiene eso que ver? ¡También yo! ¿Acaso no ha engañado nunca a su mujer?

Pedro

No. ¡Nunca!

Antonio

(Acentúa su sorpresa) ¡Qué fuerza de voluntad! ¡Eso sí es estupendo!

Pedro

No hay fuerza de voluntad ninguna, ni sacrificio. Quiero a mi mujer; eso es todo.

Antonio

También yo quiero a la mía. Pero, eso no significa que... Y tengo mi conciencia muy tranquila.

Pedro

No me explico cómo, siendo usted católico. Ha logrado una fortuna enorme aceptando comisiones y realizando otras hazafías financieras que no interesa analizar; engaña a su mujer, y me propone que yo lo haga también... y tiene la conciencia limpia. Eso sí que es asombroso, llamándose católico. ¿Qué le dice usted al confesor? ¿No le cuenta nada de eso?

Antonio

(Levemente turbado) Sí; desde luego. Pero, usted sabe... Ellos comprenden. Están acostumbrados a estas cosas. Es lo normal.

Pedro

(Con energía) Sí. Lo normal. Ya lo sé. Es normal el engaño, la falsedad, la hipocresía y la mala fe. Es normal la deslealtad, la falta de decencia y hasta la traición. Son normales y corrientes muchas cosas que van a terminar ahogándonos a todos en la vergüenza y en la ignominia.

Antonio

(En broma) No hay que ser tan pesimista. El mundo siempre ha sido así.

Pedro

Cada vez peor. Cada vez se rinde más culto al dinero, a la fuerza, al poder, y por eso, para conquistar, no se repara ya en los medios, ¿Se da usted cuenta de la perspectiva que tenemos por delante, si todo esto no se rectifica a tiempo y destruimos por completo los frenos morales? ¿Adónde vamos a parar si la honradez es un mito, el amor una mentira y la dignidad del hombre se pone en pública subasta? ¿Quién puede tener fe en la palabra dada? Si se falsean los sentimientos, todo se puede adulterar; y si somos desleales con nuestra familia y con nuestros amigos, podemos serlo con los clientes; venderles mercancía averiada y prosperar en los negocios por medio de la estafa. ¿Por qué no? ¿Qué nos detiene? ¿El miedo a la sanción? A las autoridades se las puede sobornar, porque funcionando dentro de este sistema que usted llama normal, dentro de este ambiente, no hay razón alguna para que los jueces y los magistrados sean los únicos en respetar principios de decencia que todos los demás consideran despreciables.

Antonio

Bueno, bueno. Allá usted con sus teorías. Pero si usted cree que va a arreglar el mundo...

Pedro

No pretendo tanto. Me basta con saber que hay todavía algunas islas de dignidad y de honradez en medio de tanto lodo. Y confío en que poco a poco, iremos consiguiendo agrandar su perímetro.

Antonio

Antonio

Con sus dotes persuasivas...

Pedro

Ya sé que no las tengo.

Antonio

No crea, no crea...

Pedro

Si no he logrado convencerle a usted, siquiera, de que me ayude en el asunto de las acciones...

Antonio

Ya le he dicho lo que pienso de eso. Además que ... ¿cómo pretende usted que yo acceda a todo lo que usted me pide, y en cambio, lo que le ^{he} pedido yo...?

Pedro

(Con leve acento de esperanza) ¿Qué me ha pedido usted, Don Antonio? Mi mayor deseo es complacerle siempre.

Antonio

¿No recuerda ya lo que le dije de su yerno? ¿Por qué no quiere ponerlo en el Departamento de Diseños?

Pedro

(Evasivo) Tal como están las cosas, me parece que no es éste el momento de hablar de ese asunto.

Antonio

¿Por qué?

Pedro

Si la viuda de Monteros consigue las acciones de Necedal y hace lo que se propone, comprenderá usted, Don Antonio, que todo esto...

Antonio

(Medita un instante) He estado pensando que... hay otros terrenos que le pueden convenir a la Inmobiliaria... si logramos impedir la fusión con los Aceros, las acciones de esa compañía se van a desplomar, al ampliar nosotros los talleres...

Si usted me promete que mi yerno...

Pedro

¿Compraría usted las acciones?

Antonio

Decidido a salvar ^{esto} ~~eso~~ del naufragio... Compraría una parte. La mitad, por ejemplo, y lograría que la Directiva, acordara comprar las otras para la sociedad. No sería la primera vez que esto se hace, y yo creo que podría convencerles de la ventaja de la operación. (Pausa breve) ¿Qué dice? ¿Acepta usted esta fórmula?

Pedro

(Que ha escuchado cabizbajo la proposición de Don Antonio) No. No acepto.

Podría colocarlo como segundo ingeniero.

Antonio

De ninguna manera. ¿Cómo cree usted que mi yerno iba a aceptar eso? Ni yo lo consentiría tampoco.

Pedro

Lo siento mucho, Don Antonio; pero no puedo acceder a eso.

Antonio

Me parece que no tiene usted tanto interés como dice en resolver este asunto.

Pedro

Nunca tuve un interés tan grande en nada; se lo aseguro. Pero, ya le dije, que no puedo hacer nada incorrecto.

Antonio

(Con asombro) ¿Qué habría de incorrecto en esto? ¿Acaso cree usted que mi yerno...? Le he dicho que viniera a verme para mostrarle sus títulos y credenciales. (Mira el reloj) No sé por qué no ha llegado. Quiero que le conozca. Es muy buen muchacho...

Pedro

Don Antonio, le suplico que no insista. Para acceder a eso, tendría que des-